

ÚBEDA Y BAEZA EN LOS LIBROS DE VIAJES ESCRITOS POR BRITÁNICOS Y NORTEAMERICANOS DURANTE EL SIGLO XX

Por *José Ruiz Mas*
Profesor-Tutor de la U.N.E.D.

Resumen

Pretendemos ofrecer en este trabajo una panorámica de la presencia de Úbeda y Baeza, y en menor medida de la provincia de Jaén, en los libros de viajes de escritores angloparlantes durante el siglo XX. Analizamos obras anteriores a la Guerra Civil española, la posguerra y la época en que dio comienzo el diluvio de turistas a nuestro país durante los años 50 y 60. En estas etapas nuestras ciudades del Renacimiento han gozado de una presencia variable, con frecuencia supeditada, concretamente en el caso de Úbeda, a la existencia de un Parador de turismo, y en cuanto a Baeza, a su proximidad y frecuente confusión de ésta con Estación Linares-Baeza, antes Estación de Baeza.

Abstract

This article endeavours to portray the presence of Úbeda and Baeza, and to a lesser extent the province of Jaén, in the travel literature by English-speaking writers during the XXth century. This travel literature encompasses the time of pre and post Civil War as well as the period of the massive tourist boom that started in the 1950's. During these periods these Renaissance towns have had an erratic protagonism in the travel literature analysed, often due as far as Úbeda is concerned, to its Parador. As for Baeza, its protagonism is probably due to the confusion of its name and its proximity to Estación Linares-Baeza, previously called Estación de Baeza.

INTRODUCCIÓN

ÚBEDA y Baeza fueron raramente mimadas por los principales viajeros angloparlantes durante el período 1760-1855, período este en que los conocidos como «Curiosos Impertinentes» recorrían en variadas direcciones (aunque con marcadas preferencias por algunas) nuestro «exótico» y «romántico» país. Los grandes nombres de la literatura de viajes en lengua inglesa de 2.^a mitad del siglo XVIII y 1.^a mitad del XIX como Joseph Townsend (1739-1816), Richard Ford (1796-1858) o George Borrow (1803-1881) dan sólo limitada razón de la existencia de estas ciudades del Renacimiento español.

Townsend recorre España entre 1786 y 1787 (*Journey through Spain in the years 1786 and 1787*), pasa por la provincia de Jaén, no por la capital, y deja a nuestras ciudades sin mencionar siquiera (1).

En cambio Ford, al pasar en cuatro ocasiones a través de la provincia —concretamente por Jaén y Andújar (abril-mayo de 1831), Andújar de nuevo (mayo-junio del mismo año y abril de 1833) y Jaén y Bailén (septiembre de 1833)— trata Úbeda y Baeza de forma relativamente detallada (2), si bien

(1) Naturalmente no son éstos los únicos grandes nombres de la literatura de viajes por España escrita por angloparlantes durante esta época. Citamos, aparte de a FORD y BORROW, a TOWNSEND y no a otros muchos que también pasaron por la provincia de Jaén, aunque sin entrar en Úbeda o Baeza, porque se da la circunstancia que TOWNSEND es precisamente el único entre los viajeros de habla inglesa que mencionan los artículos que me inspiraron a redactar este trabajo. Estos artículos son: NAVARRO LÓPEZ, GENARO: «Jaén visto por algunos viajeros extranjeros (de los siglos XII al XIX)» (I, II y III), Jaén: *Paisaje*, 1964, núms. 129-130, págs. 2.777-2.786; 1984-1965, núms. 131-132, págs. 2.819-2.824; y 196/ núms. 133-134, págs. 2.875-2.881. JOSÉ TOWNSEND (sic) es tratado en págs. 2.820-2.822, siendo el único viajero de habla inglesa mencionado en los trabajos de NAVARRO LÓPEZ que citamos. Casi todos son franceses, algunos árabes e italianos y algún que otro portugués. También AURELIO VALLADARES REGUERO en su obra *Guía literaria de la Provincia de Jaén* (Jaén: Instituto de Estudios Giennenses, CSIC-CECEL, Diputación de la Provincia de Jaén, 1989, págs. 299-310) dedica unas páginas a varios escritores extranjeros que en alguna de sus obras trataron algún aspecto de nuestra provincia, lo cual hace sin afán de exhaustividad. Sin embargo, en esta pequeña «antología de textos» Valladares incluye sólo a un escritor de habla inglesa, el norteamericano Washinton Irving, cuya obra, *Chronicle of the Conquest of Granada* (1829), citada en versión traducida al español, nada trata precisamente de Úbeda o de Baeza. Creo pues que un estudio del tratamiento que estas ciudades del Renacimiento habían recibido en los libros de viajes escritos por viajeros de habla inglesa durante nuestro siglo se iba haciendo necesario. Todo lo escrito hasta ahora sobre la provincia de Jaén en los libros de viajes había dado un excesivo protagonismo a los viajeros franceses, árabes, italianos y portugueses.

(2) Damos noticia de las referencias que RICHARD FORD hace de Baeza y Úbeda en su *Manual para Viajeros por Andalucía y Lectores en Casa (Reino de Granada)*. Madrid: Turner, 1988, trad. de Jesús Pardo: en págs. 28, 126, 173, 175, y sobre todo 180-183.

comete pequeños errores, hecho que luego repercutirá en los recuentos de estas dos ciudades por viajeros-escritores posteriores que consultan su obra.

Borrow sin embargo cruza la provincia de Jaén por Andújar, Bailén y La Carolina en septiembre de 1836, viaje éste reflejado en *The Bible in Spain* (1834) (3); pero, por desgracia, la presencia de Úbeda y Baeza en ésta brilla por su ausencia (4).

Para éstos y casi para todos los demás las visitas a la provincia de Jaén se realizaban como paso obligado en sus desplazamientos de Castilla a Andalucía, normalmente desde Madrid en dirección a los grandes centros «turísticos» del sur de España como Sevilla, Granada, Málaga, Córdoba, Ronda, Jerez, Cádiz y Gibraltar, y viceversa. La gran desventaja que presentaba el trayecto de Castilla a Andalucía por las provincias de Jaén y Córdoba era cruzar Sierra Morena, verdadero hervidero de bandoleros y asaltadores de caminos que convertía el viaje en una arriesgada aventura y por lo tanto en un aliciente más para algunos escritores-viajeros ávidos de emociones fuertes que narrar. Sin embargo, pocos tuvieron la «suerte» de vivir en la propia piel un romántico atraco a una diligencia. Sólo dos parecen haber sido los autores de relatos de viajes que fueron testigos directos de un ataque bandolero: Alexander Slidell-Mackenzie (1803-1848), de nacionalidad norteamericana (aunque no tuvo lugar siquiera en Andalucía, sino en la Mancha en 1831) y el angloamericano Robert Sample, en la provincia de Córdoba en 1809 (5). Los demás tuvieron que conformarse con oír contar historias más o menos verídicas de aventuras y hechos célebres de los bandoleros o «banditti» de la época.

Otro peligro no menor que el anterior que presentaba un viaje a través de Despeñaperros era lo escarpado del terreno y sus numerosos precipicios, donde más de un escritor-viajero estuvo a punto de acabar con su carrera literaria, o de no llegar siquiera a iniciarla.

Los escasos lugares de la provincia de Jaén transitados por los extran-

(3) BORROW, George: *La Biblia en España*. Madrid, Alianza Editorial, 1970, traducción y edición de Manuel Azaña, pág. 219.

(4) ROBERTSON, Ian: *Los Curiosos Impertinentes. Viajeros Ingleses por España, 1760-1855*. Madrid, Editorial Nacional, 1976, traducción de Fco. José Mayans, pág. 238. Especialmente interesante respecto a la literatura de viajes en esta época es la obra de KRALLIEL HEREDIA, Blanca: *Viajeros Británicos en Andalucía de Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, Universidad de Málaga, 1986.

(5) BERNAL RODRÍGUEZ, Manuel: *La Andalucía de los Libros de Viajes del Siglo XIX*, Sevilla, Biblioteca de la Cultura Andaluza, 1985, pág. 23.

jeros británicos o norteamericanos fueron principalmente La Carolina, Bailén, Andújar, lugares éstos de paso para la diligencia de Madrid; ocasionalmente Linares, y en alguna ocasión Jaén capital —especialmente cuando se viajaba a Granada— aunque casi siempre con la sola intención de pasar alguna noche en alguna posada o venta y descansar del largo viaje al sur, o para efectuar el cambio de caballerías agotadas durante el paso por Sierra Morena, a veces realizado a toda velocidad. Muy raramente iba expresamente a estas ciudades giennenses algún viajero angloparlante de esta época, y ni mucho menos con pretensiones literarias. Como puede comprobarse, las ciudades de Baeza y Úbeda quedaban sistemáticamente dejadas a un lado de las rutas usuales.

A partir de 1850 la calidad del género de literatura de viaje decae, que no la cantidad. El número de viajeros angloamericanos se reduce mientras el de los franceses aumenta. España va muy poco a poco dejando de ser tan «diferente» del resto de Europa: se comienza a utilizar el ferrocarril como medio de transporte y la Guardia Civil (creada en 1844) reduce considerablemente la inseguridad en el medio rural. El viaje por nuestro país se hace menos «aventurero», pero esto no impide que se siga realizando con intenciones literarias. Ahora se limitan en su mayor parte a repetir preconceptos y prejuicios, imágenes y situaciones originadas durante épocas anteriores, tendencia que se prolonga hasta la proclamación de la 2.^a República (6). Por lo que respecta a Úbeda y Baeza, siguen siendo ciudades generalmente olvidadas para el beneficio de otros centros de mayor solera turística, exotismo y romanticismo, que monopolizan las visitas de los extranjeros. Entre los «Curiosos Pertinentes» en definitiva, únicamente Samuel Cook (luego apellidado Widdrington) pasa por estas ciudades entre 1829 y 1832. Este es, junto con Ford, uno de los viajeros que más zonas de España cubre en sus viajes. Otro «curioso impertinente», si bien de segunda fila, que incluye Baeza y Úbeda en su recorrido es George John Cayley, lo cual hace en 1851 (7).

VIAJEROS ANTERIORES A LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Independientemente de los hispanistas consagrados de principios de siglo de la talla de un Aubrey F. G. Bell, o un Edgar Allison Peers, o un Ja-

(6) BERNAL: *Op. cit.*, pág. 16.

(7) ROBERTSON: *Op. cit.*, págs. 226 y 230.

mes Fitzmaurice-Kelly, o un Edward Hutton, o un F. Albert Calvert, entre otros intelectuales hispanófilos de indudable peso específico, comienza a surgir durante el primer tercio del siglo XX un tipo de viajero-escritor británico que se ajusta a una tipología casi constante: es un joven intelectual o con pretensiones de serlo, con frecuencia autodidacta, desencantado, al menos parcialmente, de su propio país, ambiente, generación, o simplemente del curso que han ido tomando los acontecimientos políticos y sociales en el supuestamente avanzado Occidente a raíz de la Gran Guerra. Busca la paz y la tranquilidad en un lugar aún no prostituido por aquello de lo que huye: la civilización. Este lugar exótico, de sabor oriental, pacífico y barato es España. Estos jóvenes «intelectuales disfrazados» buscan rutas menos trilladas sin tener reparos a la hora de mezclarse con el pueblo llano, a veces con un sub-mundo que roza la miseria o la delincuencia, en un trato de casi-igual. Viajan extensivamente a pie cuando es necesario y no dudan en ganarse la vida tocando algún instrumento musical para sobrevivir, lo cual hacen con poco dinero. Estos viajeros, entre los que destacan, por la resonancia literaria que luego han cobrado, escritores e hispanistas tales como Gerald Brenan (1895-1985), Walter Starkie (1894-1976), Robert Graves (1895-1985), V. S. Pritchett (1900), Roy Campbell (1901-1957) y Laurie Lee (1914), son testigos todos ellos de una guerra civil a punto de estallar. Tienen en común el haber «huido» de su propia cultura y país. Muñoz Molina los califica «fugitivos imaginarios o reales» (8).

Pero tanto Úbeda como Baeza siguen sin contar para esta nueva raza de viajeros-escritores. Sólo en raras ocasiones hacen una humilde mención a alguna o a las dos ciudades hermanas, si bien siguen supeditando su escasísimo interés por la provincia de Jaén al paso obligado por Sierra Morena, vía La Carolina o Bailén, y poco más. Antes de la Guerra Civil, hispanistas de la talla de Brenan ignoraban casi por completo a la provincia giennense al centrarse, en *South from Granada* (1957) (9), en la descripción de lo que sería una mezcla de estudio antropológico y libro de viajes de la vida en un pueblo de la Alpujarra granadina, Yegen, durante los años 20 y parte de los 30 (10).

(8) Antonio Muñoz Molina los califica así en el prólogo a la traducción y edición española de *Don Gypsy (Don Gitano)*, de Walter STARKIE, Granada, Excm. Diputación Provincial, pág. III.

(9) BRENNAN, Gerald: *South from Granada*. London, Hamish Hamilton, 1957.

(10) Aunque el libro vio la luz por vez primera en 1957, la estancia de Brenan en Yegen tuvo lugar en los años 20 principalmente.

Similar actitud a la de Brenan tomó Graves al decidir instalarse en De-ya (Mallorca), ignorando pues el resto de España. El sudafricano Campbell se instala temporalmente en Toledo en 1935 huyendo de sus acreedores, y llega a verse obligado a trabajar como peón en una plaza de toros para subsistir. El entonces joven Pritchett abandona su corresponsalía en Madrid para recorrer a pie Extremadura, León y Galicia, viaje que narra en *Marching Spain* (1928) (11). Laurie Lee, en *As I Walked Out One Midsummer Morning* (12), obra publicada tan tarde como 1969 aunque referida al viaje realizado en 1934, narra su recorrido transversal, también a pie, de toda la Península Ibérica, desde Galicia hasta una Almuñécar eufemística llamada «Castillo». Pasa por Sierra Morena, a la que califica de «una de esas rampas montañosas que recorren España de este a oeste y divide a sus gentes en dos razas distintas. A mi espalda quedaba Castilla la Vieja y el gótico norte; al lado de la sierra el manchón aromático de Andalucía» (13). Sin embargo, a pesar de acercarse a nuestra tierra en dirección a Granada, hecho que le hubiera supuesto necesariamente pasar de lleno por la provincia de Jaén, toma a última hora el camino de Sevilla por el Valle del Guadalquivir. Desgraciadamente, una oportunidad de oro de que la provincia, posiblemente Baeza y Úbeda, quedara inmortalizada en la obra de un escritor de la popularidad y entidad literaria de Laurie Lee se esfumó en beneficio de un polo de atracción tan poderoso como es Sevilla. Los principales viajeros de los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil, por lo general, ignoraron casi completamente a la provincia y en concreto a Úbeda y Baeza.

De entre los grandes nombres del hispanismo angloparlante de esta época prebélica sólo el irlandés Walter Starkie, entusiasta del calé, de Menéndez Pidal, eminente profesor de lenguas románticas en la Universidad de Dublín y más tarde director del Instituto Británico en Madrid durante la posguerra, se acercó a Baeza (concretamente a Linares-Baeza, lo que demuestra que no llegó a distinguir jamás entre ambas localidades), según cuenta en su *Spanish Raggle-Taggle* (1934) (14):

«A continuación viene Baeza, donde más de un viajero «transbordador de trenes» pasa largas horas esperando combinación con Córdoba.

(11) PRITCHETT, V. S.: *Marching Spain*, London, Ernest Benn, 1928.

(12) LEE, Laurie: *As I Walked Out One Midsummer Morning*, André Deutch, 1969.

(13) Existe una edición en español de «As I Walked Out...», *Cuando Partí una Mañana de Verano*, Madrid, Turner, 1985, traducción de Eva Rodríguez Halffter, pág. 125.

(14) STARKIE, Walter: *Spanish Raggle-Taggle*, London, John Murray, 1934.

A pesar de haber estado allí muchas veces nunca me he acercado hasta la ciudad, de tan fascinado que quedaba de los pasajeros que conocía en la fonda de la estación. El malencarado camarero de la fonda sabe de la fuerza que tiene la música desde el día en que Aurelio el bizco, mi amigo gitano de Cádiz y yo tocamos para ganarnos la cena de arroz, chuletas y una botella de manzanilla». (15)

Ocurre con frecuencia —razona Starkie— que uno se acuerde más y mejor de estaciones perdidas en el mapa, simples puntos de conexión entre líneas férreas, que de grandes monumentos o legendarias ciudades de eminente solera:

«Cuando viajo en tren por España no pienso ni en Madrid ni en Sevilla ni en Barcelona, sino en el genuino afecto que cobro por estaciones tales como Bobadilla, Baeza y Medina del Campo». (16)

Baeza existe para el viajero en su vertiente de estación ferroviaria que une el sur de España con el norte. Se hace por lo tanto digna de, al menos, una humilde mención. Si en épocas anteriores la carretera que unía la diligencia de Madrid con Andalucía por Sierra Morena pasaba por La Carolina, Bailén y Andújar, ahora, con la instalación de una importante estación en (Linares-)Baeza, ésta toma para sí al menos parte del de por sí limitado protagonismo que las citadas localidades había gozado dentro de la Andalucía recorrida por los viajeros extranjeros. A la reducida lista de lugares giennenses visitados, normalmente de paso, podemos incluir ya a «Baeza», punto estratégico para todo viaje en tren hacia el sur. Siguen sin ser recogidas como merecen en los relatos de los principales viajeros tanto Úbeda como la Baeza urbana o «verdadera» Baeza (17).

Muy poco antes de nuestra guerra civil española, Starkie narraba en

(15) STARKIE, *Raggle-Taggle: Op. cit.*, pág. 201. Mientras no se indique lo contrario, todas las traducciones de los textos citados son del autor de este trabajo. Existe, sin embargo, una traducción española de esta obra, de la cual he tenido conocimiento una vez realizada ya la traducción del fragmento que aquí cito: *Aventuras de un Irlandés en España*, Madrid, Espasa-Calpe (1937), 1965, trad. de Antonio Espina.

(16) *Ibidem*, pág. 200.

(17) Aparte de las localidades que suelen aparecer con cierta regularidad en los relatos de viajes que tienen como escenario nuestra provincia, en alguna ocasión, si bien con una frecuencia poco significativa, aparece alguna otra localidad como es el caso de Martos en la obra de AUDREY, F. G. Bell: *A Pilgrim in Spain*, London, Methuen, 1924, pág. 71. En ella se alaba la calidad de sus garbanzos. Bell atribuye la alabanza a los garbanzos de Martos a la esposa de Sancho Panza, cuando en realidad el comentario procede del narrador de *El Quijote* (cap. 38 de la segunda parte).

Don Gypsy (1936) (18) su paso a pie por Despeñaperros sin dejar de rememorar a Don Quijote y a Cardenio. No logra llegar a ninguna población de los alrededores y ha de pasar la noche a la interperie. A la mañana siguiente conversa con un pastor y se vuelve para la Mancha (19). Nada más nos dice Starkie de la provincia de Úbeda o de Baeza. A pesar de la vasta cultura del intelectual irlandés, la existencia de ciudades como las nuestras no está entre sus intereses.

Años atrás, en 1912, Paul Gwynn, pseudónimo de Ernest Slater, publicaba *The Guadalquivir. Its Personality, its People and its Associations* (19a), obra en la que el protagonismo del Valle del Guadalquivir es sólo relativo, a pesar del título: parece querer atraer más lectores con el orientalismo que sugiere que con la descripción a detalle de esta zona del sur de España que promete. Obra evidentemente influenciada por el *Manual de Viajeros por España* (1845) de Richard Ford, aporta información de índole histórica sobre Úbeda y Baeza muy similar a la ofrecida por aquél. Al igual que Ford, Gwynn cita «la Loma de Úbeda», que por cierto traduce al inglés como «Hog's Back» (lomo del cerdo), si bien añade que «lomo, en masculino, en realidad significa espalda u hombro» (19b). Las principales localidades de la «Loma de Úbeda», o «Lomas de Úbeda», según Gwynn, son, de este a oeste, Villacarrillo, Úbeda y Baeza. La visita en diligencia de Gwynn por la zona es sumamente superficial. No parece haberse dignado recorrer nuestras ciudades con el detalle que merecen. Por ejemplo, de Úbeda recuerda su importancia comercial en el siglo XVI, concretamente para la seda, la tela y el cuero, mientras destaca su vino, ciruelas, garbanzos y olivos para los primeros años del siglo XX. Enfatiza de ésta su pasado árabe sin apenas señalar su importancia como ciudad del Renacimiento. Ni el arquitecto Andrés de Vandelvira ni Francisco de los Cobos, Secretario de Carlos V, ambos personajes claves de la Úbeda renacentista, son siquiera mencionados.

«Úbeda sirve de elocuente ejemplo de la presencia árabe; sus calles y callejuelas son estrechas —hasta hacerse impasables si un asno con sus

(18) STARKIE, Walter: *Don Gypsy*, London, John Murray, 1936. La primera edición traducida al español es de Antonio Espina, en Ediciones Pal-las, en 1944, bajo el título de *Don Gitano*. En 1985 la Diputación Provincial de Granada editó una reproducción facsimil inserta en la colección Biblioteca de Bolsillo y prologada por el escritor ubetense Antonio Muñoz Molina.

(19) STARKIE, Don Gypsy: *Op. cit.*, págs. 476-477.

(19a) GWYNN, Paul: *The Guadalquivir. Its Personality, its People and its Associations*, London: Constable & Company, 1912.

(19b) *Ibidem*, pág. 80.

alforjas cargadas de fruta y verdura está atado a una reja de ventana. Quedan aún algunas torres y ruinas de las murallas defensivas de los moros» (19c).

Poco más tiene que decir de Úbeda. Sobre Baeza, Gwynn resalta su importancia en tiempos de los godos y árabes, hasta su conquista por Alfonso VII en 1147. Se detiene especialmente en la especulación sobre el origen de su nombre: menciona Vititia o Viatia como nombres citados por Plinio y Ptolomeo, así como Biatia, lugar donde, Ford *dixit*, Escipión el Joven derrotó al cartaginés Asdrubal en el 54 d.C. Tanto Gwynn como Ford añaden que la Universidad y la Catedral son sus principales monumentos y que allí nacieron Becerra, discípulo de Miguel Ángel, en 1570, y pocos años después el Sabio Chacón o Ciaconius, dato empero omitido por Ford.

Sin embargo, al igual que con Úbeda, la estancia de Gwynn en Baeza parece haberse limitado a una visita muy superficial, como si no se hubiera bajado de la diligencia, arcaico medio de locomoción incluso para la primera década del siglo XX.

«Nuestras primeras vistas de Baeza desde lo lejos nos daban a entender que tenía muchas iglesias u otros edificios eclesiásticos, cuyos campanarios y torres del reloj —góticos salvo alguna excepción— destacaban sobre los tejados de pronunciada pendiente en singular contraste. Muchas de las casas eran sumamente altas para un pueblo andaluz» (19d).

Uno de los pocos autores que conozco que recorre España y publica un libro de viajes sobre ésta con anterioridad a la Guerra Civil y en el que Úbeda o Baeza, en este caso la primera, tiene un verdadero protagonismo, siendo al menos considerada por sí misma y no como mero lugar de paso, es Henry Major Tomlinson (1873-1958). En su obra *South to Cadiz* (1934) (20) el inglés dedica a Úbeda nada menos que todo el capítulo XVI, «Devotions at Ubeda», y parte del anterior, que no es poco. Llegó a la ciudad en 1934 casualmente: dejada atrás la Mancha, el conductor decide hacer una parada a descansar en lo que a Tomlinson le parece «un pueblo pequeño y mal iluminado» (21) y sobre el cual nada menciona la guía turística que consulta. Habían llegado a Úbeda. El conductor sugiere a los viajeros

(19c) *Ibidem*, pág. 81.

(19d) *Ibidem*, pág. 81.

(20) TOMLINSON, H. M.: *South to Cadiz*, London/Toronto, Heinemann, 1934, págs. 105-113.

(21) TOMLINSON: *Op. cit.*, pág. 105.

pernoctar en un edificio renacentista —así se lo parece al inglés tras bajarse y comprobar que se encuentra ante su misma puerta —que perteneció siglos atrás a un marqués de cuyo nombre no se acuerda. Resulta ser el Parador (22). Del Parador ofrece Tomlinson una curiosa definición: «una mansión democratizada para viajeros» (23). Visita la Capilla del Salvador al día siguiente, único monumento ubetense del cual logra recordar el nombre, mientras varios sacerdotes celebran un servicio religioso ante una escasísima congregación (24). Es evidente que de no haber sido por la casual parada del conductor, Úbeda se hubiera quedado sin una de las pocas menciones que aparecen en libros de viajes realizados por angloparlantes desde principios de siglo hasta la Guerra Civil española. Esta triste realidad es confirmada por el hecho de que la guía turística que Tomlinson llevaba consigo tampoco hace siquiera una mínima referencia a la Ciudad de los Cerros.

Hasta ahora Linares-Baeza ha merecido una ligera mención de la pluma de Starkie en calidad de importante enlace ferroviario entre Castilla y Andalucía, gracias a los caprichos de la mente del irlandés que trae a la memoria lugares que no son los generalmente buscados por los viajeros en tierras españolas.

Pero Úbeda y Baeza tienen poco que aportar al género del viaje literario del primer tercio del siglo XX. Se llega incluso a la situación en que autores como W. W. Collins y John Allyn Gade ignoren la catedral de Baeza (o incluso la de Jaén) en sus obras *Cathedral Cities of Spain* (1909) y *Cathedrals of Spain* (1911), respectivamente, mientras, especialmente en la primera, se analizan otras muchas —nada menos que veinticuatro— de la geografía patria.

VIAJEROS ANGLO-PARLANTES DURANTE LA POSGUERRA (1940-1960)

Durante la Guerra Civil española se produce una lógica y natural espantada general del que hasta entonces había sido un turismo culto y literario, tanto anglófono como francófono como de otras nacionalidades, que, por supuesto, vuelven a sus países de origen. La mayor parte de la intelectualidad británica y norteamericana tomó partido por la causa republicana-

(22) *Ibidem*, págs. 105-106.

(23) *Ibidem*, pág. 107.

(24) *Ibidem*, pág. 109.

na. De hecho, cierto sector de intelectuales británicos (Auden, Spender, Orwell y Day Lewis entre otros) o norteamericanos (Hemingway y Dos Pasos) se acercaron a España como combatientes, observadores o corresponsales a favor del bando gubernamental creyendo estar enfrentándose al avance fascista en Europa (25). Por razones obvias estaban más interesados en la guerra como fenómeno político y social que en Úbeda y Baeza.

Gerald Brenan se resiste a regresar a Inglaterra desde su residencia habitual en Churriana (Málaga), aunque lo termina haciendo, para colaborar con el bando gubernamental en labores propagandísticas (cartas a los periódicos, emisiones radiofónicas en la BBC para una audiencia española o colaborando con la campaña de reelección (fallida) de la duquesa de Atholl, diputada del Parlamento Británico y paladina de la No-Neutralidad de Gran Bretaña en nuestra contienda). V. S. Pritchett también regresa a Inglaterra decepcionado de España y prometiendo no volver más a ella, promesa que afortunadamente no cumple. Laurie Lee es recogido por un buque inglés y devuelto a su país, aunque por poco tiempo, pues decide regresar cruzando los Pirineos a pie para luchar como voluntario en el bando republicano. Podemos leer sus vicisitudes y aventuras por la Guerra Civil en el recién publicado *A Moment of War* (1992) (26).

Sin embargo, una vez finalizada la contienda y transcurridos algunos años de la posguerra, el viajero británico y norteamericano le pierde cierto miedo al régimen franquista —mediados de los 40 y principio de los 50—. Se produce pues la vuelta de muchos de los que se fueron. Una nueva oleada de recuentos de viajeros realizados por la España franquista, que, a pesar del evidente cambio político y social sufrido, sigue siendo en esencia la misma, si bien no dejan de repetirse con frecuencia imágenes propias de los recuentos de viajes realizados antaño. Para algunos España está siendo descubierta; para otros «ya está inventada».

En este «redescubrimiento» del país participa Brenan, que regresa a España en 1949 para recorrerla durante casi un año en compañía de su esposa norteamericana Gamel, y escribir un libro de viajes titulado *The Face of Spain* (1950) (27), de evidente intencionalidad política y propagandística

(25) HYNES, Samuel: *The Auden Generation*, London and Boston, Faber, 1976, pág. 242.

(26) LEE, Laurie: *A Moment of War*, Harmondsworth, Penguin, 1992.

(27) BREMAN, Gerald: *The Face of Spain*, Turnstile Press, 1950. Traducida como *la Faz de España*, Buenos Aires, Losada, 1952.

en contra del régimen franquista. Empero, una vez más ambas ciudades del Renacimiento quedan alejadas de la ruta de don Geraldo. Al pasar por Sierra Morena en dirección a Córdoba rememora el inglés la época en que cruzar la sierra era pedir cita con José María el Tempranillo. Ahora, en 1949, los bandoleros huidos al monte a raíz de la guerra fratricida dan sus últimos coletazos. Para Brenan la provincia de Jaén sólo existe, y aún así con un interés limitado, en su *The Spanish Labyrinth* (1943) (28), obra histórico-política en la que el hispanista inglés intenta, con pretensiones de imparcialidad no siempre conseguida, explicar las razones por las que estalló la Guerra Civil. La siguiente es la única referencia hecha a la provincia, con excepción de otras dos relacionadas con la actuación de la UGT en Jaén capital durante los años de la guerra (29):

«La principal cosecha de la cuenca superior (del Guadalquivir) es la aceituna. Por la zona de Córdoba y Jaén se encuentran las extensiones de olivos mayores y más ricas del mundo» (30).

Pritchett, animado posiblemente por el viaje a España dos años antes de su amigo Brenan, vuelve a visitarnos en 1951 y 1952, viajes que tendrán su materialización literaria en *The Spanish Temper* (1954) (31). Le llama la atención el olor a olivo que al dejar la Mancha atrás se comienza a respi-

(28) BREANAN, Gerald: *The Spanish Labyrinth*, Cambridge, Press Syndicate of the University of Cambridge, 1943.

(29) BREANAN: *The Labyrinth*, *op. cit.*, pág. 115. No es el objetivo de este trabajo incluir las referencias a Baeza y Úbeda que no sean estrictamente procedentes de «libro de viajes», pero no podemos, sin embargo, dejar de mencionar el hecho de que Jonathan Gathorne-Hardy, biógrafo de Brenan, refiere en *The Interior Castle. A Life of Gerald Brenan* (London: Sinclair-Stevenson, 1992, pág. 412) que éste y su esposa Gamel se vieron obligados a pasar doce horas en Baeza (presumiblemente Linares-Baeza o Estación de Baeza), en 1954, a la espera de la siguiente combinación ferroviaria. En *Saint John of the Cross* (Cambridge University Press, 1973) las referencias a Úbeda y Baeza son obligadas, las cuales, por razones lógicas de espacio, no señalo. Tampoco lo hago con las menciones a estas ciudades en sus dos artículos sobre San Juan de la Cruz en la revista *Horizon*, de mayo y junio de 1947, pues no he tenido acceso a ellos. Curiosamente tampoco hace Brenan mención a las ciudades de Baeza y Úbeda en *The Literature of the Spanish People* (CUP, 1951, si bien yo utilizo la reimpresión de 1962) en el apartado dedicado a San Juan de la Cruz (págs. 159-161), a pesar de la vinculación de las citadas ciudades con la vida y obra del místico español. Por otra parte, respecto de Jaén, con independencia a algún que otro comentario sobre la provincia en el «Laberinto», Brenan se refiere en dos ocasiones a la actuación de la UGT en la capital de la provincia en los años que precedieron a la Guerra Civil que, por razones obvias, quedan fuera del ámbito de este estudio.

(30) BREANAN: *The Labyrinth*, *op. cit.*, pág. 115.

(31) PRITCHETT, V. S.: *The Spanish Temper*, Chatto & Windus, 1954.

rar en el ambiente, así como la abundancia de olivos una vez atravesada Sierra Morena, hecho que le lleva filosofar sobre la realidad social de España:

«Los olivares comienzan a aparecer en hileras que cubren las colinas rojizas a lo largo de kilómetros y kilómetros, y entre tanta abundancia resulta difícil comprender la pobreza española» (32).

Pero Pritchett no se digna indicar si este paisaje de olivos pertenece a la provincia de Córdoba o de Jaén. Curiosamente, sin embargo, en el mapa que presenta en *The Spanish Temper* para consulta del lector no familiarizado con la geografía española sí aparece Úbeda (33), aunque ninguna otra localidad de la provincia, ni siquiera la capital. Es muy probable que sea ésta la única ocasión en el Opus «hispano» de Pritchett en que se haga al menos una mención a la Ciudad de los Cerros (34).

Laurie Lee regresa a España en compañía de su joven y flamante esposa a principios de los 50, y de este viaje resulta *A Rose for Winter* (1955) (35). Lee no se acerca para nada a nuestra provincia. Se centra en Granada, a donde llega tras desembarcar en Algeciras.

En definitiva, algunos de los hispanistas que se marcharon por la Guerra Civil han regresado, pero las rutas recorridas en su regreso no varían mucho de las originales. Les resulta agradable volver a recorrer lugares visitados en años anteriores y utilizarlos como termómetro del grado de cambio que el país ha experimentado a raíz de la instauración del régimen de Franco. Si Baeza y Úbeda no habían sido parte de las rutas de estos hispanistas antes de la guerra, tampoco lo iban a ser a su regreso durante la posguerra.

Hubo otros muchos que, una vez relajada la entrada por nuestras fronteras, sintieron la curiosidad de conocer y escribir sobre un país tan peculiar como España, país al que Pritchett calificaba de «la necesaria enemiga de Europa»; o quienes, como el mismo Brenan o como Halliday Sutherland (*Spanish Journey*, 1950), viajaron con ciertas intenciones propagan-

(32) PRITCHETT: *Op. cit.*, pág. 117.

(33) *Ibidem*, pág. 10.

(34) Debido a la extensísima producción literaria —novelas, narraciones cortas, biografías, autobiografías, libros de viajes, críticas literarias, etc.— de un escritor de casi noventa y cinco años como es Pritchett, me es prácticamente imposible afirmar tajantemente que sea ésta la única mención a Baeza o a Úbeda que haya hecho jamás en cualquiera de sus libros. He de reconocer que no he tenido acceso a *toda* su producción literaria.

(35) LEE, Laurie: *A Rose for Winter*, Hogarth Press, 1955.

dísticas a favor de una u otra tendencia, es decir, en contra o a favor del régimen político vigente (36).

Un ejemplo de obra de gran popularidad que con cierta habilidad y discreción trata de ensalzar el valor monumental y multicultural de un país que empezaba a intuir, si bien tímidamente aún, su potencial turístico y a sentir los primeros síntomas de lo que sería una avalancha de visitantes, es *Spain* de Sacheverell Sitwell (37), publicada en 1950. La obra estaba respaldada —y por lo tanto a él dedicada— por nada menos que Luis Bolín, Director General de Albergues y Paradores del Patronato Nacional de Turismo. Incluso el mismo duque de Alba acompañó a Sitwell en alguna visita. El número de personalidades citadas en el apartado de Reconocimientos del Autor es elevadísimo; muchos de ellos eran personajes importantes de la política y la intelectualidad del momento. Creo, empero, a pesar de su incuestionable popularidad, exagerado considerar la obra de Sitwell como «una de las mejores obras escritas sobre España desde Ford y Borrow» (38) por razones que trataré de exponer en referencia a Baeza y Úbeda. Por otra parte es también innegable que gozó de numerosas ediciones y reimpressiones, y en consecuencia de una gran popularidad.

En el *Spain* de Sitwell la presencia del Parador de turismo como forma de hostelería típicamente española es fundamental, hecho que corre paralelo al intento de realzar la categoría monumental de nuestra geografía. Aquí, ya sí, las ciudades de Baeza y Úbeda tienen su pequeña parcela, especialmente, debido sin duda a su Parador, la Ciudad de los Cerros.

Una primera mención a Baeza en la obra de Stwell aparece en referencia al Albaicín granadino, el cual decía habitado en la Edad Media por moros procedentes de Baeza y en el momento en que visitaba Granada, por gitanos (39). Más interés tienen sin embargo la cita referida a sus «visitas» a Úbeda y Baeza, pues, aunque pueda parecernos increíble, a pesar de la difusión y popularidad de la obra, existen serias dudas de que Sitwell hubiera llegado a poner pie en ellas. Respecto a Úbeda parece haberse limita-

(36) La intencionalidad política de Brenan en su *The Face of Spain* es innegable. Ya lo dice el propio prologuista a la edición Penguin, 1988, que manejo: WOLFERS: «*The Face of Spain* should be read with a few reminders of the time when it was written, because it has a political purpose», pág. 8.

(37) SITWELL, Sacheverell: *Spain*, London, New York, Toronto, Sydney, B. T. Batsford Ltd., 1950.

(38) Cubierta del *Spain* de Sitwell.

(39) SITWELL: *Op. cit.*, pág. 33.

do, como mucho, a una visita relámpago y a «copiar» lo que de ella aparecía en las guías turísticas del momento, y aún así con importantes errores. En Baeza, parece que, tenemos casi total seguridad, el autor no llegó siquiera a entrar.

«Otras dos ciudades que *me gustaría visitar* son Baeza y Úbeda. Están sólo a 8 kms una de la otra, en lo alto de los cerros entre olivares, cercanas a la ciudad minera de Linares, donde Manolete se encontró con la muerte en el ruedo el verano pasado. Ambas ciudades están llenas de edificios del Renacimiento temprano, y en un antiguo palacio de Úbeda se ha instalado el Parador Nacional del Condestable Dávalos, en la misma línea a los otros Paradores ya descritos en estas páginas. *Baeza, por fotografías debe de tener* fachadas platerescas y renacentistas en abundancia; mientras *Úbeda tiene* fuentes renacentistas, antiguas iglesias y *un antiguo palacio (de los Condes de Benavente)* en lo que podríamos considerar el estilo «aristocrático-palaciego» de Guadalajara, enormes contrafuertes a ambos lados y capiteles con motivos de palmera que se convierten en balcones o miradors (sic), una fachada con sillares, ventanas góticas y una larga logia o mirador de arcos abiertos, un palacio digno de Juan Gúas y construido, seguramente, bajo su influencia» (40).

Aún hay más: la fotografía núm. 34, con el siguiente pie, «Úbeda: un palacio del siglo XV» (41), es en realidad una fotografía en blanco y negro de la fachada del palacio de Jabalquinto, también llamado de los Condes de Benavente, sito en Baeza, y no en Úbeda como Sitwell afirma tanto al pie de la fotografía como en el texto. Más adelante vuelve Sitwell a referirse a ambas ciudades, incurriendo una vez más en error:

«Nos encontramos ya próximos a una de las Romerías más espectaculares. A finales de abril y principios de septiembre tiene lugar una Romería en la ermita de la Virgen de la Cabeza, en Sierra Morena, *a unos kilómetros de Úbeda*» (42).

Evidentemente, Sitwell debió conocer bien poco la zona. Más aún, en la edición rústica de 1961 de *Spain* (43), edición elegida como botón de muestra, no sólo se ha reducido considerablemente la lista de Reconocimientos del Autor hasta el mínimo indispensable —agradecimientos por la repro-

(40) *Ibidem*, págs. 39-40. Subrayado mío.

(41) *Ibidem*, pie de la fotografía número 34, entre págs. 34 y 35 de la edición en cartón de 1950.

(42) *Ibidem*, pág. 40. Subrayado mío.

(43) SITWELL, Sacheverell: *Spain*, London, B. T. Batsford, 1961.

ducción de ilustraciones, por cierto, bastante menos numerosas que en la edición en cartón original de 1950— sino que ha hecho desaparecer la ilustración del «palacio ubetense del siglo xv» llamado de los Condes de Benavente. Sitwell ha corregido para esta edición el grave error cometido en la primera, error que subsana suprimiendo la fotografía. Esta no es, empero, la única corrección realizada pues en el texto adjudica ya el palacio de los Condes de Benavente o de Jabalquinto a su verdadera ciudad, Baeza, rectificación que no evita la sensación de que se ha añadido al texto con posterioridad un parche que rompe la enumeración natural y fluida de las excelencias de ambas ciudades.

«Baeza, por fotografías, debe de tener fachadas platerescas y renacentistas en abundancia, mientras Úbeda tiene fuentes renacentistas, antiguas inglesas, y *Baeza*, un palacio antiguo (de los Condes de Benavente) (...)» (44).

Rectifica además «miradors» por «miradores» para esta nueva edición de 1961 y suprime la información referida a Linares, ciudad en la que un mes antes de cuando fuera redactado el manuscrito de la edición «princeps» había muerto Manolete, dato en su momento de rabiosa actualidad pero que ya en 1961 no lo es.

Por otra parte, ambas ediciones contrastadas presentan dos mapas cada una (45), uno de «Northern Spain» y otro de «Southern Spain». En el mapa del sur de España pueden verse «Úbeda» (sic) y «Baéza» (sic), aunque ninguna otra localidad de la provincia, ni siquiera Linares, que en otras ocasiones aparecía citada en conexión con la muerte de Manolete o en calidad de importante centro minero. También aparecía en el texto mencionada la catedral de «Jaín» (sic) (46), así como una fotografía (n.º 100) de la fachada de la catedral vista desde lejos, obra de «Pedro de Valdevira» (sic) (47). Tal fotografía no aparece ya en la edición rústica de 1961. Tampoco la capital de la provincia aparece en el doble mapa de la obra de Sitwell.

Otro «protegé» de Luis Bolín, ya ex-Director General del Departamento de Turismo del Estado Español en 1953, es el arquitecto norteamericano

(44) Ibidem, págs. 70-71.

(45) En págs. 138-139 y en págs. 140-141 de la edición de 1950, y en págs. 192-193 y en págs. 194-195 en la edición rústica de 1961.

(46) SITWELL: *Op. cit.* (1950), pág. 145.

(47) Error cometido por tomar el dato del *Manual para Viajeros por Andalucía y Lectores en Casa*, de Richard FORD, *op. cit.*, pág. 180. FORD escribe «Pedro de Valdevira» cuando debería haber escrito «Andrés de Vandelvira».

James Reynolds, cuya obra *Fabulous Spain* (1953) (48), pretende dar otro empujoncito al turismo nacional. El libro está repleto de ilustraciones artísticas del propio autor. Reynolds confiesa haberse recorrido en un solo verano nada menos que 400 ciudades, pueblos y aldeas, por lo que resulta fácil deducir la calidad de la información que ofrece sobre cada una de las localidades visitadas. Los paradores, calificados por el autor como «nuevas residencias del gobierno» (49) —¿hasta qué punto eran «nuevas», o de reciente creación?— son una vez más los protagonistas de la obra, siendo sus propietarios recipiente de variados pero siempre muy halagadores comentarios. Reynolds llega incluso a citar a algunos de éstos en el apartado de Reconocimientos del Autor. Pienso que para escribir este libro tan indudablemente apresurado Reynolds debió de tomar mucha información del *Spain* de Sitwell o tenerla en cuenta. Tanto el uno como el otro ofrecen, por ejemplo, los mismos datos sobre determinados aspectos de forma sospechosamente coincidente. Veamos cómo cuenta cada uno la cogida del famoso torero Manolete en Linares:

Sitwell [1950].

«Fue un toro de la ganadería de Muría (sic) (50) el que causó la muerte de Manolete en la plaza de Linares. Fue un toro muerto, allí, el que acabó con la vida de Manolete en un acto reflejo de la cornamenta» (51).

Reynolds [1953].

«En 1947 el ídolo incuestionable de España, el espigado, tímido y arrogante “matador” Manolete debía lidiar toros de Miura en Linares (...). Aquel mismo día Manolete encontró su fatal destino con un “toro muerto” en un acto reflejo de la cornamenta cuando se agachaba a extraerle el estoque tras realizar una “suerte” magistral» (52).

Reynolds visita Linares, ciudad minera, de la cual dice tener tal afición por la fiesta nacional que sus habitantes pasan hambre de mil amores con tal de ahorrar el dinero suficiente para atraer a los mejores matadores (53). También menciona a Andújar en su calidad de ciudad de cazadores. Al igual que Sitwell, Reynolds ve «majos y majas» de camino a la Romería de la

(48) REYNOLDS, James: *Fabulous Spain*, New York, G. P. Putman's Sons, 1953.

(49) *Ibidem*, cubierta trasera de la obra. Subrayado mío.

(50) SITWELL: *Op. cit.*, (1961), pág. 186. En esta edición «Muría» queda rectificad por «Miura».

(51) SITWELL: *Op. cit.* (1950), pág. 125.

(52) REYNOLDS: *Op. cit.*, pág. 180.

(53) *Ibidem*, pág. 180.

Virgen de la Cabeza y a la del Rocío, acontecimientos religiosos y festivos que ambos escritores también confunden. De Jaén capital Reynolds menciona su catedral —igualmente hacía Stiwell— sin tratar nada más. He aquí lo que sobre Úbeda y Baeza escribe el norteamericano:

«En Úbeda entré con espíritu alegre, pues ésta es una zona rural de lo más estimulante. El aire puro de la montaña y las excelencias arquitectónicas de Úbeda y su ciudad hermana Baeza, a sólo unos kilómetros, ofrecen al viajero una emoción incomparable. Esto es todavía Andalucía, aunque la provincia giennense, la de los millones de olivos, está ya tan cercana a la altiva Castilla, tenida en alto en amoroso y eterno abrazo en elegante corsé de oro y plata, que desde el balcón del Parador Don Ortego Cabiro (sic) la panorámica ya no es la calurosa languidez de Andalucía, sino la frialdad de las montañas castellanas.

El "parador" es un palacio remodelado perteneciente a la familia Cabiro (a veces llamado el Palacio Davalos) (sic) de gran antigüedad, en el que muchas personas pasan semanas enteras en verano o invierno. En verano utilizan este "parador" como base desde donde dirigirse a Sevilla, Córdoba, Granada, Ronda, incluso hasta Valdepeñas para las fiestas de la vendimia. En invierno, los cazadores disparan al ciervo y al jabali en las montañas cercanas. Cené paté de carne de caza y venado magníficamente preparado tal como me prometieron cuando telefoné a la gerente desde Linares.

Todas las casas de Úbeda y Baeza tienen una sutil patina. La piedra, extraída en canteras cercanas a Linares (sic), es de un fauno mate, de un tono tan delicado como el bizcocho, ligeramente salpicado de marrón y ciruela como la cáscara del huevo de chorlito.

Hay muchos edificios llamativos en Úbeda. Es imposible describir con el detalle que merecen todas estas abigarradas maravillas de estuco, piedra ensamblada y mármoles. Dos casas en particular llaman la atención inmediatamente. La exquisita escuela plateresca rezuma tanto a decorado que siempre la he deseado recrear en alguna ciudad agradecida como escenario teatral. Las paredes están embellecidas de placas con Musas y una amplia hilera de figuras grabadas en encajes de ninfas y sátiros de las antiguas saturnales, indudablemente propia de un teatro, las cuales rodean puerta y ventanas.

El palacio de los Condes de Benevente (sic) es, en opinión universal, seguramente una de las casas góticas de tracería en pie más bellas hoy día, de aspecto tan reluciente y aderezado como el primer día. Una interpretación española del estilo "casa del común" florentina. En vez de la tradicional costumbre de tener balcones colgantes ante las ventanas desde los cuales presenciar torneos, festivales y ceremonias religiosas, hay una lar-

ga logia con pilares que atraviesa el cuerpo ático, entre dos columnas partidas en semicírculo de gran anchura, rematadas por capiteles con motivos de palmera que sostienen un "cenador femenino" de delicada filigrana labrada en piedra. El muro entre las columnas tiene una inmensa importancia y es motivo de asombro para los arquitectos de todo el mundo. Grandes cabezas de clavo en piedra constituyen un diseño aderezado en filigrana (como las flores de lis estarcidas de las paredes de los muros florentinos) que se iluminan, en la misma delicada tracería que rodea las ventanas góticas conopiales, como la que remata los "cenadores femeninos". Si me pidieran que describiese el Palacio de Benevente (sic) en una sola palabra, sin dudar lo diría "estilo"» (54).

Al igual que Sitwell, Reynolds comete el error de adjudicar el Palacio de los Condes de Benavente a Úbeda, llegando incluso a describirlo de forma parecida, si bien más detallada, a como lo había hecho Sitwell. Es natural que así fuera, ya que al fin y al cabo Sitwell no llegó a entrar en Baeza en la realidad —parece haber tomado la descripción de una fotografía— frente a Reynolds, que sí lo hizo. Sin embargo, el norteamericano comete numerosos errores en la transcripción de los nombres propios, nombres de monumentos y de poblaciones. No sólo yerra al considerar que el Palacio de Jabalquinto está sito en Úbeda, sino que además lo transcribe mal: Palacio de los Condes de «Benevente». Aún mayor efecto irrisorio produce la disparatada transcripción del Palacio del Deán Ortega de Úbeda, actual Parador Nacional del Condestable Dávalos, al que Reynolds bautiza caprichosa y repetidamente con el nombre de «Parador Don Ortega Cabiro», olvidando mencionar el «Fernando» del nombre propio del antiguo dueño; en alguna ocasión lo llama también «Palacio Davalos». Llega incluso a hablar en algún momento de la existencia de la familia Cabiro [!].

Reynolds peca de ambiguo al otorgar unos y otros monumentos a Úbeda o a Baeza. Sirvanos de ejemplo la siguiente cita. Decida el lector por sí mismo: ¿Dónde se encuentra realmente «la Fuente de la Plaza Populo» (sic), en Úbeda o en Baeza?:

«En España, cuando una escena extraordinaria atraiga de repente su atención en una plaza de un pueblo o posiblemente a cincuenta leguas de cualquier lugar conocido, no se haga preguntas ni se cuestione por qué. Hay que aceptarlo, y en la mayoría de las ocasiones, disfrutarlo. Me explico: llegué a la Plaza de Santa María de Úbeda a media mañana. Se avecinaba una tormenta. Como en una plaza de toros, la plaza estaba dividida en

(54) *Ibidem*, pág. 180.

dos mitades de deslumbrante luz solar y sombra de un negro intenso. Truenos retumbaban por entre las cimas de montañas distantes. Sentía que un chaparrón estaba al caer. Las puertas de un seminario se abrieron y salió una procesión religiosa a gran velocidad. Prelados, eclesiásticos, monjes que portaban una cruz e incensarios de plata en constante balanceo precedían a unos cincuenta chicos de variadas edades, cada uno de ellos vestido de un escarlata eclesiástico. Los chicos llevaban puestas sotanas de sarga roja, mientras los prelados, con el gesto orgulloso, iban vestidos de seda muaré. Por un momento tanto paje eclesiástico rompió el color intenso del sol. De repente se abrieron los cielos y cayó el diluvio. Corrí a ponerme bajo los soportales pero la procesión continuó —los vi más tarde en la fuente de la Plaza Populo (sic), cantando en latín, empapados como gallos rojos abandonados en la lluvia —en línea recta a lo largo de la plaza. Tan rápido como vino la tormenta, así pasó. Pero vaya remojón que se dieron los chicos de escarlata» (55).

Debemos agradecer a Reynolds que al menos se haya dignado visitar las ciudades en cuestión, aunque luego se permita confundirlas. Con toda seguridad estuvo en Úbeda, cosa que es muy posible que no hiciera Sitwell, si bien no parece haber recorrido de ésta mucho más de la Plaza de Vázquez de Molina, que por cierto dejó en él una honda impresión. Sitwell sin embargo decía «estar interesado» en visitar Úbeda y Baeza, pero no parece que lo hiciera nunca. Se conformó con ver sus fotografías —posiblemente proporcionadas por el Patronato de Turismo— y de describir lo que veía en ellas. Reynolds, aunque visitante de Baeza y Úbeda «de facto», sólo hizo recorridos superficiales por éstas. En Úbeda, la Plaza de Vázquez de Molina (en la que visita el Parador y la Capilla del Salvador) y un palacio cercano a la Plaza Vázquez de Molina, presumiblemente el Palacio Plateresco de la calle Montiel, aparte de una procesión de religiosos. De Baeza concretiza mucho menos, y cuando lo hace, lo hace erróneamente. Visita el Palacio de los Condes de Benavente (que al igual que hace Sitwell, adjudica a Úbeda) y la Plaza del Pópulo, de la que destaca su fuente y a la que también localiza con ambigüedad. Ve, asimismo, en Baeza otra procesión religiosa de similares características a la de Úbeda, o ¿es acaso la misma? De ser así, ¿qué podríamos esperar de un viajero como Reynolds que presume de visitar cuatrocientas localidades en un solo verano, sino confusión, superficialidad y ambigüedad informativa?

Otro viajero por España que confirma el apoyo prestado por la Dirección General de Turismo a principios de los 50 es Cedric Salter, autor de

(55) *Ibidem*, págs. 183-184.

Introducing Spain (56). De Luis Bolín y del duque de Luna, directores generales de Turismo, dice que «no sólo [le] proporcionaron la mayor parte de las ilustraciones del libro, sino que también [le] ofrecieron con generosidad su apoyo y colaboración para escribirlo» (57). Salter contó, entre otros beneficios, con numerosos viajes gratuitos a innumerables destinos de nuestra geografía con ATESA, Auto Transporte Turístico Español, S. A., compañía de autobuses y alquiler de automóviles (58). Una vez más un viajero como Salter hace un recuento de las excelencias de los Paradores, entre los cuales incluye el de Úbeda, al que califica de «castillo del siglo XVI de gran belleza» (59). El libro de Salter, *Introducing Spain*, no logra quitarse de encima la impresión de «guía turística» camuflada, idea que asimismo confirman las fotografías de los monumentos, todas de una fotogenia excelente, propia de un folleto turístico. Tampoco creo que llegara a visitar Úbeda, vista la información que de ella ofrece.

Ejemplo de un escritor que, sin embargo, no parece contar con el apoyo del Patronato de Turismo es R.A.N. Dixon. Publica en 1955 *Spanish Rhapsody* (60), obra en la que narra sus dos viajes en coche de norte a sur a principios de la década de los 50. En el segundo viaje pasa por Bailén, conoce allí a un médico inglés que acaba de chocar con un olivo por dormirse sobre el volante; se dirige a Andújar y se hospeda en su oportuno Parador, para luego visitar el Santuario de la Virgen de la Cabeza. Narra la gesta del capitán de la Guardia Civil don Santiago Cortés González a colación de la visita al Santuario. Se dirige posteriormente a Granada sin hacer mención siquiera a Baeza o Úbeda. Su parada en Andújar parece deberse —según se deduce del relato— a la existencia de un Parador de turismo y a la resonancia que las gestas del Alcázar de Toledo y el Santuario de la Virgen de la Cabeza tuvieron en la literatura nacional e internacional de nuestra guerra. Dixon demuestra con creces estar familiarizado con la bibliografía al respecto. Prueba de su interés por el tema es la inevitable comparación que hace entre ambas gestas del ejército nacional durante la Guerra Civil, en contraste con la levisísima alusión a la Virgen de la Cabeza y a su romería (61).

(56) SALTER, Cedric: *Introducing Spain*, London, Methuen, 1953.

(57) SALTER: *Op. cit.*, pág. VIII.

(58) *Ibidem*, pág. VIII.

(59) *Ibidem*, pág. 21.

(60) DIXON, R. A. N.: *Spanish Rhapsody*, London, Robert Hale, 1955.

(61) DIXON: *Op. cit.*, pág. 100.

Un libro inserto en esta misma línea de viajeros «colaboradores» del Patronato de Turismo en una época preturística, especialmente interesante por su calidad literaria, es el del mayor W. T. Blake, viajero y aventurero profesional que recorre en compañía de su esposa muy variadas rutas del país. Un príncipe tailandés (Chula Chakrabongse) había encargado al militar años antes que viajase por el Siam para escribir un libro de viajes que promocionase su turismo: *Thailand Journey* (62). Algo así reconoce Blake haber hecho con *A Spanish Journey or Springtime in Spain* (63): un viaje muy arropado de grandes nombres entre los que se encuentran una vez más el duque de Alba, el marqués Merry de Val y el conde de Arteza como cicerones —los tres, embajadores de España en Gran Bretaña en distintas épocas—, entre otros. Así de abiertamente declara Blake su colaboración en los intereses turísticos españoles:

«Cuando España decidió dar a conocer por todo el mundo sus encantos y organizó el Patronato Nacional del Turismo (ahora Dirección General del Turismo) contribuí a expandir propaganda turística española por todas las Islas Británicas y puedo muy bien decir que fui quizás responsable en gran parte de los comienzos de la invasión de turistas que hoy visitan España cada año» (64).

El turismo giennense, en cambio, siguió sin contar para Blake. Desde Granada a Córdoba pasa por Alcalá de Real (sic) (65), en la que no hace parada alguna, dejando a un lado Castillo de Locubir (sic), donde tampoco se detiene, aunque sí lo hace para comprar vino en una posada (Venta de Carreta), donde le sorprende ver a unos lugareños jugar con una baraja con dibujos de «legumbres de todo tipo» (66). Como es natural, le impresionan las enormes extensiones de olivos, pero pasa de largo por la provincia sin más, en dirección a la Ciudad Califal.

Otro ilustre viajero colaborador de la Oficina de Turismo —cuyo director general es ahora el duque de Luna, don Mariano de Uráiz y Silva, receptor de efusivas gracias por la «gran y útil ayuda» ofrecida (67) —es H. V.

(62) Cubierta de W. T. BLAKE: *Spanish Journey or Springtime in Spain*, London, Alvin Redman, 1957.

(63) Ver nota anterior.

(64) BLAKE: *Op. cit.*, pág. 118.

(65) En el mapa «Alcalá de Reals»; en el texto «Alcalá la Real». BLAKE: *Op. cit.*, pág. 117.

(66) *Ibidem*, pág. 118.

(67) MORTON, H. V.: *A Stranger in Spain*, London: Methuen, 1955, pág. XI.

Morton, autor de *A Stranger in Spain* (68). Morton recorre gran parte de nuestra geografía en 1954, desatendiendo, sin embargo, regiones tales como Cataluña, Valencia, Aragón y Murcia. Es de agradecer que se dignara incluir la provincia de Jaén en su ruta, en la que efectivamente entra por Bailén. Pasa en Jaén capital unas horas. Visita la Catedral, conversa con su sacristán, que le señala el altar en el que se guarda «la santa reliquia, *la Santa Faz*, uno de los pañuelos de Santa Verónica» (sic) (69). Califica a Jaén de «metrópolis del país del olivo» (70). Observa con asombro cómo unos giennenses «atacan» con avidez unos inmensos platos de paella, visión que relaciona en su imaginación con los españoles que siglos atrás se aventuraron a conquistar y colonizar el Nuevo Continente. Conoce a un simpático giennense de provincias, dueño de una almazara, que se ve obligado, al igual que Morton, a esperar en la capital durante varias horas. Se presta amablemente a explicarle el funcionamiento de ésta (71). Una vez más, empero, el viajero/escritor sigue su camino para Granada, olvidándose del resto de la provincia de Jaén. En el mapa ilustrativo de la ruta recorrida señala la existencia de Despeñaperros, Bailén y Jaén, pero nada de Úbeda o Baeza (72). Una vez más las Ciudades del Renacimiento brillan por su ausencia.

John Haycraft cuenta en su *Babel in Spain* (1958) (72a) las peripecias que vivió junto a su esposa sueca al abrir una academia de inglés en una Córdoba de finales de los 50. Entre sus alumnos cuenta con un grupo de jóvenes aspirantes a poetas con los que pronto hace amistad. Un día deciden ir a Baeza en calidad de «peregrinos literarios» para tomar parte en un recital-homenaje a Antonio Machado. Cada miembro de la expedición se estudia su papel con nerviosismo durante el trayecto en tren.

«Por desgracia el tren se paró en Linares, a veintisiete kilómetros de Baeza, y tuvimos que bajarnos y tomar el tranvía. Era medianoche, y los taxistas del lugar hacían lo posible para convencernos de que ya no había

(68) MORTON: *Op. cit.*

(69) *Ibidem*, pág. 206. Datos muy probablemente tomados del *Manual para Viajeros*, de FORD (Turner, 1988, pág. 28).

(70) *Ibidem*, pág. 206.

(71) *Ibidem*, págs. 207-209.

(72) *Ibidem*, pág. I (cara posterior de la cubierta delantera).

(72a) HAYCRAFT, John: *Babel in Spain*, London, The Travel Book Club, 1958. Prefacio de Gerald Brenan.

tranvías. Pero justo cuando empezaban a convencernos, apareció uno todo pesadez» (72b).

Por primera vez la Estación Linares-Baeza es confundida con la ciudad de Linares, y no con Baeza. Tras ser recibidos por el alcalde baezano y el corresponsal del periódico de la localidad y trasladados al hotel, oyen con decepción la noticia de que sólo han llegado otros dos poetas de Madrid. Parece como si la vinculación de Machado al bando republicano impidiera el reconocimiento multitudinario que nadie podía dudar merecía. Algo parecido parecía ocurrir con García Lorca. Esta impresión de Haycraft queda confirmada cuando observa que los únicos «funcionarios notables» que no asistieron a la lectura de sus poemas fueron los profesores del instituto donde precisamente Machado había impartido sus clases treinta años atrás. Alegaban que «no deseaban tomar parte en la conmemoración de los logros obtenidos por una persona que se había opuesto tan abiertamente a la gloriosa "Cruzada"» (72c). El homenaje realizado en el Casino fue, sin embargo, un éxito rotundo. Todos los que intervinieron fueron muy aplaudidos; incluso Haycraft, que hizo un análisis comparativo entre Machado, W. B. Yeats y Matthew Arnold, reconoce con humildad haber tenido éxito sólo «porque era un visitante extranjero». Al día siguiente visitaron la ciudad acompañados de alguna personalidad. Baeza, por cierto, le recordaba a ciertos rincones de Oxford y Cambridge.

«Baeza me hechizó. Machado la describió correctamente como "entre manchega y andaluza". Su calle principal recrea las fachadas de piedra labrada de Castilla, mientras las afueras se componen de bajas casas blancas andaluzas. Se convirtió en ciudad universitaria en 1565 pero sólo queda de esto los edificios. El seminario, con su fachada barroca, junto con las Casas Consistoriales están situadas cerca de la Catedral separadas por una plaza en la que crece un débil césped. El Instituto donde Machado dió clase, en el pasado edificio de la universidad, está cerca, y al bajar una callejuela estrecha aparece una desvencijada iglesia románica. La Catedral no ha sido utilizada desde la Guerra Civil. En su interior todo se encuentra en estado ruinoso, con letras garabateadas sobre las paredes blanqueadas» (72d).

Será un irlandés, filósofo, crítico literario y viajero, Arland Ussher (1899-1980), el primero que haga justicia con Úbeda, no tanto con Baeza,

(72b) *Ibidem*, pág. 89.

(72c) *Ibidem*, pág. 92.

(72d) *Ibidem*, pág. 90.

aunque no por falta de intenciones. En *Spanish Mercy* (73) Ussher recorre las rutas «típicas», pero con una capacidad de penetración en el alma hispana y con un conocimiento de causa que suscita admiración en un escritor que se declara aprendiz de hispanista. Se desplaza expresamente a Mallorca a visitar a Robert Graves, y a Churriana (Málaga), a ver a un Gerald Brennan en plena cresta de una popularidad subida a la cabeza tras el éxito de *South from Granada*. Con Brennan tiene Ussher un doble y decepcionante encuentro. Con toda la fina ironía y elegancia que demuestra poseer a raudales, Ussher muestra a un don Geraldo estúpido, poco hospitalario, hipócrita y, en palabras suyas, «típico inglés» en definitiva, lo cual, dicho por un irlandés, tiene todo un mundo de connotaciones y matices (74).

Desea conocer de primera mano una de las «dos fabulosas ciudades sobre cerros llamadas Baeza y Úbeda, repletas de palacios renacentistas y no muy distantes de la ruta principal» (75), de las que tanto le han hablado (!). Hace escala en «Baeza-Junction» (Linares-Baeza) durante un viaje en tren de Málaga a Madrid, para desde allí dirigirse a Úbeda, ciudad por la que se decide entre ambas por tener un Parador. Sin ir más lejos, es precisamente el Parador el que da título al capítulo dedicado a Úbeda: «A Parador». Tiene el antojo, por una vez, de autoconcederse un pequeño lujo después de haber pasado ya bastantes noches en pensiones baratas e incómodas, hecho que demuestra el nulo apoyo del Patronato de Turismo que recibió la obra (y viaje) de Ussher. Tiene además el mérito de haber sido el primero de los viajeros por España en mostrar una clara distinción entre «Baeza-Junction» y la ciudad de Baeza.

«De regreso de Málaga a Madrid decidí esta vez dividir mi viaje en dos. No había lugar muy claro donde hacer la bisección, pero había oído hablar de dos fabulosas ciudades sobre cerros llamadas Baeza y Úbeda, repletas de palacios renacentistas y no muy distantes de la ruta principal. Ambas estaban comunicadas, según me informaron, con el Enlace de Baeza mediante una pequeña vía ferroviaria, pero que, según descubrí tras bajarme del «rápido», estaba fuera de servicio. No había elección salvo coger el tranvía —uno de esos tranvías que se ven por toda España, que tan económicamente habían sido construidos por un constructor belga poco antes de la Primera Guerra Mundial— a cualquiera de estas ciudades por

(73) USSHER, Arland: *Spanish Mercy*, London, Victor Gollancz, 1959.

(74) USSHER: *Op. cit.*, págs. 118-122.

(75) *Ibidem*, pág. 165.

la que me decidiera. Opté por Úbeda, ya que —un poco cansado de hoteles de tercera clase y pensiones— deseaba probar uno de los «paradores» nacionales. Estos monasterios y palacios reconvertidos son naturalmente famosos; entre ellos, el Parador del Condestable Dávalos en Úbeda. En todos los casos excepto en el de Santiago de Compostela —donde uno de los hospitales más históricos, entonces todavía en funcionamiento, fue pues sacrificado al «turismo»— la idea parece haber sido excelente.

(...)

Úbeda, en una palabra, es un lugar que debería visitarse en «coche». Nunca olvidaré las dos horas en ese tranvía que se arrastraba hacia altitudes cada vez mayores y más frías —un tranvía abarrotado y saltarín que amenazaba estallar en pedazos con cada salto. No tenía una sola correa de la que agarrarse y para evitar ser lanzado hacia delante sólo me podía sujetar con las rejillas —cual un desafortunado San Andrés en el Martirio de Ribera. Y la mayoría de los pasajeros eran ancianos, o mujeres cargadas de cestas y bebés; entretanto un grupo de soldados, con su feos uniformes desencajados y su lenguaje inapropiado, daban el toque de vulgaridad que los soldados del servicio militar siempre dan.

(...)

El parador es un palacio en el que hay que entrar, así lo sentí, conducido por ordenanzas, ser llevado al fuego chispeante por pajes empelucados para saludar a un sonriente anfitrión con corbata de encaje y vestido de reluciente brocado en manoseo continuo de su caja de rapé. En realidad había una atmósfera de frialdad oficial que me era nueva en España, la cual chocaba con la amplitud confortable y discreta decoración que me rodeaba: las alfombras y cubiertas de cama de alegres colores, los armarios de artesanado labrado, las lámparas de cristal colgantes y los retorcidos forjados, la galería del patio con mapas y grabados antiguos. Todo ello encantador, con nada que no fuera original —aunque el espíritu del Condestable Dávalos no se hubiera de una u otra manera respetado.

Bajé a la sala (a la que a nadie se le ocurriría llamar salón), mientras me preguntaba si se podría silbar o dar palmadas, al estilo español, para llamar a la servidumbre. Las mesas estaban cargadas de espesa literatura propagandística de turismo. Cogí un libro gordo llamado “Así es España”, completamente repleto de cifras y estadísticas.

(...)

Salí a la ciudad y entré en una “tasca” donde al poco me puse a charlar con un maestro de escuela falangista. Me contemplaba con lástima por haber venido a Úbeda.

“Esto es sólo un *pueblo*”, dijo; “las ciudades que debe usted ver en el sur son Sevilla, Córdoba y Granada”.

Dije, con la pasión de una recién adquirida conversión, que no conocía rival a Úbeda.

“¡*Qué disparate!*!”, replicó. “Debería usted ir a *Sevilla, Córdoba y Granada*”. Repitió los nombres muy lentamente para que los pudiera recordar.

Dije que ya había visitado las tres.

“¿Las ha visto usted? ¿Entonces ha viajado por el país? ¿Ha visto los nuevos pantanos, puentes, obras eléctricas? El país entero está cambiando. Y lo hemos hecho nosotros solos, con nuestro propio sudor y sangre. Que América nos mande tractores y fertilizantes en vez de armas y oleoductos. No queremos ya más guerra. Hemos tenido ya nuestra Guerra —fuimos los primeros en luchar contra el comunismo, y le vencimos. Pero tampoco queremos “democracia” o un parlamento de *ventajistas*. Queremos tener para comer y que nos dejen en paz” (76).

VIAJEROS DURANTE LA DÉCADA DE LOS 60

Una alternativa de viaje por España distinta a las visitas obligadas a centros-ímanes turísticos como Madrid, Barcelona, Córdoba, Sevilla, Granada, Ronda, Gibraltar y Málaga, surge a finales de los 50 y principios de los 60. Ésta consiste en recorrer zonas menos frecuentadas y/o más «localizadas» de la geografía del país, huyendo de las áreas excesivamente visitadas por el turismo. El mejor ejemplo de esta nueva línea de viaje lo representa *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia* (77) de Penelope Chetwode (1910-1986), esposa del Poeta Laureado Sir John Betjeman e hija de Sir Philip Chetwode, prestigioso general británico, héroe de la Primera Guerra Mundial y principal responsable del llamado Comité Chetwode, iniciativa británica para el canje de prisioneros entre ambos bandos durante nuestra Guerra Civil que tan escaso éxito tuvo.

Penelope Chetwode, incondicional de Ford y Borrow, especialmente del primero, viaja a caballo durante varios meses de 1961 desde la finca del duque de Wellington en Íllora (Granada) hasta una Úbeda de 22.000 habitantes (78), vía Cazorla, para regresar a continuación a su punto de parti-

(76) *Ibidem*, págs. 165-166, 166-167, 169, 172.

(77) CHETWODE, Penelope: *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia*, London: John Murray, 1963. Para más información sobre Chetwode y su obra ver mi artículo «El Servicio Rural de la Guardia Civil y la Academia de Guardias de Úbeda en *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia* de Penelope Chetwode», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 152.

(78) CHETWODE: *Op. cit.*, pág. 33.

da, ignorando Baeza casi por completo salvo para mencionar que un ebanista de esta ciudad, al que la autora conoció en una posada, pensaba emigrar a Suiza (79), o para mencionar que ésta es visita obligada —«obligación» que ella misma no cumple— en cualquier viaje al sur, dada su calidad arquitectónica (80).

Chetwode había oído hablar de Úbeda a una pareja de amigos norteamericanos, quienes le recomendaron con insistencia visitar la comarca. Chetwode había oído tantos elogios de «su arquitectura» (81) que no duda en dirigirse a la Ciudad de los Cerros. Una vez en Cazorla confirma en su misal la vinculación de Úbeda con la vida de San Juan de la Cruz. Efectivamente, es bien conocido de todos, el santo místico falleció en el convento de San Miguel de Úbeda en 1591. Hacia allá se dirige, pues, Chetwode para asistir a los oficios —de los que tanto gustaba, dada su religiosidad recién adquirida— que conmemoran el aniversario de la muerte de Juan Yepes.

Llega a Úbeda el 23 de noviembre, pasando por Torreperogil, tras una agotadora jornada de viaje a lomos de su «compañera de mediana edad», una yegua de nombre Marquesa de la propiedad del duque de Wellington. Se hospeda en la casa particular de la familia Espósito (sic), en la Avenida 18 de Julio. Al día siguiente, 24 de noviembre, festividad de San Juan de la Cruz, asiste a la misa en la iglesia carmelita de San Miguel, tras un opíparo desayuno en el Parador, en el que se deleita, entre otros manjares, con «una deliciosa variante ubetense del bollo de Bath» (82). Visita el oratorio de San Miguel decorado con frescos de la vida y obra del santo varón realizados por «Palma Burgos of Malaga» (sic) (83) para luego besar una reliquia suya. Lo que más le impresiona, dice, es la efigie del santo situada en el mismo lugar en que falleció, también obra del citado artista. Al preguntar por el cadáver le informaron que fue robado y transportado en secreto a Segovia, en cuya catedral reposa, suceso que, según llegó a saber Chetwode más tarde, inspiraría a Cervantes para la aventura del cadáver del caballero baezano (84).

(79) *Ibidem*, pág. 66.

(80) *Ibidem*, pág. 107.

(81) *Ibidem*, pág. 14.

(82) *Ibidem*, pág. 106.

(83) *Ibidem*, pág. 107.

(84) *Ibidem*, pág. 107. Para más detalles sobre la aventura del cuerpo muerto en *El Quijote* y su vinculación con Úbeda y Baeza, ver VALLADARES REGUERO, Aurelio: *Úbeda en el Quijote*, Úbeda, Editorial de Cultura Ubetense, 1986, págs. 45-54.

Chetwode sigue durante cuatro días visitando las excelencias de la ciudad:

«Úbeda desmiente a los que dicen que no hay mucho que ver en el sur de España; que toda la buena arquitectura está en el norte. Pues bien, se podría pasar un mes sólo en Sevilla haciendo turismo sin cesar; por si fuera poco están Granada, Córdoba, Ronda, Jaén, Baeza, Úbeda, todas repletas hasta los topes de maravillosos monumentos árabes, góticos, mudéjares, renacentistas, barrocos y rococó (!). Compré la guía local de Úbeda y pasé los tres días siguientes revolcándome en maravillas estéticas. Ahora que mis recuerdos se han perdido no soy capaz de empollarme la historia de España pero ya no me enfado si no lo sé todo sobre los arquitectos y escultores que mencionan las guías. Simplemente me limito a disfrutar sus obras y dejo de agobiarme con mi ignorancia. Este es el sistema más relajado de hacer turismo. Por esta razón no me propongo hacer catálogo de todo lo que vi en Úbeda y copiar muchos nombres y fechas de una guía que cualquier viajero puede comprarse al llegar. Sólo diré que resulta ser el Montepulciano español, con palacios del alto renacimiento en todas las esquinas, siendo San Salvador (sic) el palacio de la Madonna di San Biagio» (85).

A lo largo de su corta y fructífera estancia en Úbeda —larga en comparación a otros viajeros, con la excepción del norteamericano Paul Bowles, que en *Memorias de un Nómada* (86) dijo enamorarse de nuestra ciudad tras recorrerla durante tres semanas, hospedándose, cómo no, en el Parador de turismo—, Chetwode visita los siguientes lugares de interés: el Parador, en el cual se alegra no residir pues «la calefacción central estaba puesta a nivel americano» y porque habían transformado los establos», con lo que la yegua no podía ser alojada allí; sin embargo, no por ello deja la escritora de frecuentarlo para tomar algún que otro «almuerzo, que era excelente» (87); asimismo recorre el Mercado Municipal, donde compra un kilo de zanahorias para su yegua. También callejea por estrechas calles de las que dice tienen un cierto sabor tudor (88) y llega hasta la iglesia de Santo Domingo, antigua mezquita, de la que queda gratamente sorprendida ya que puede ser visitada por dentro gracias a la amabilidad de una señora encargada de las llaves. Allí pudo la escritora apreciar un magnífico techo de madera de

(85) *Ibidem*, págs. 107-108.

(86) BOWLES, Paul: *Memorias de un Nómada*, Barcelona, Grijalbo, 1990, pág. 333. Traducción de Ángela Pérez.

(87) CHETWODE: *Op. cit.*, pág. 108.

(88) *Ibidem*, pág. 109.

arte mudéjar. En San Lorenzo, gracias de nuevo a otra señora que la custodia, puede admirar los pasos de Semana Santa y el paso de Nuestra Señora de Guadalupe, todos sin embargo cubiertos para su protección del polvo, por lo que presentan un desolado paisaje en un templo de por sí en pobres condiciones (89). Sigue paseando por la ciudad y llega hasta la iglesia de San Nicolás, de la que admira su puerta norte, obra del arquitecto Andrés de Valdevira (sic) y del que reconoce nunca haber oído hablar. Precisamente una de las tres fotografías tomadas en Úbeda que incluye Chetwode en su libro es un detalle de un conjunto escultórico de Ruiz Olmas (sic), ubicado precisamente en San Nicolás, que representa a la Santa Cena, conjunto éste del que la escritora ha fotografiado únicamente a un Judas Iscariote de tamaño natural. De este templo le impresiona especialmente la Verja del Deán Ortega, «la más bonita que ha visto jamás» (90). Al día siguiente asiste a misa temprana en San Isidoro. De este templo lamenta los daños sufridos durante la Guerra Civil: retablo, órgano y estatuas. Por la tarde intenta visitar el interior de la iglesia de la Trinidad sin conseguirlo en primera instancia. A continuación contempla con evidente admiración el Hospital de Santiago, «escerialesco en su austera severidad clásica» (91). Da a la Trinidad otra oportunidad. Logra verla por dentro durante la media hora que dura un servicio, pero sale decepcionada.

En lo que respecta a las fotografías de Úbeda que incluye en *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia*, aparte de la fotografía del Judas Iscariote citada anteriormente, se encuentra un detalle de la fachada de la Capilla del Salvador, en cuyo pie escribe que fue «iniciada en 1540 según el plano original de Diego de Siloé, llevado a la práctica y decorado por Andrés de Valdevira (sic) (92)».

Resulta inédito en un libro de viajes por España que un viajero entre en contacto, aunque sea por casualidad, con la Academia de Guardias de la Guardia Civil de Úbeda. Efectivamente Chetwode asiste a una Jura de Bandera de Guardias-Alumnos, concretamente a la de la promoción núm. 34 al mando del Tte. Col. D. Odón Ojanguren (93), celebración de la que

(89) *Ibidem*, pág. 110.

(90) *Ibidem*, pág. 111.

(91) *Ibidem*, pág. 117.

(92) *Ibidem*, pie de fotografía número 18.

(93) Ver mi artículo citado en nota 73 y RUIZ CASTRO, J.: *Diario de un Guardia-Alumno*, Úbeda, Grafitalica, 1982.

da debida y detallada cuenta en su obra (94). El libro, a mi modesto entender, no goza de una calidad literaria excepcional; y sin embargo, quizás por el vínculo matrimonial que unía a la autora con el prestigioso poeta Sir John Betjeman, o porque era hija del General Chetwode, o por ambas circunstancias, la obra llegó a convertirse en auténtico best-seller en Gran Bretaña y en otros países de habla inglesa, siendo reeditada y reimpressa en numerosas ocasiones. Este hecho nos debe hacer reflexionar sobre la inmensa difusión que una ciudad como Úbeda, entre otras de la provincia, ha venido recibiendo recientemente en el mundo anglófono gracias a Chetwode. Nos encontramos sin duda ante el recuento más completo sobre la ciudad de Úbeda en la literatura escrita en lengua inglesa de que tenemos conocimiento. Mucho es lo que tenemos que agradecer a esta autora.

James A. Michener, prolífico novelista y viajero norteamericano, y Jan (James) Morris, profesional galés de la literatura de viajes, renuevan el afán de globalizar y abarcar la mayor cantidad posible de geografía española en este particular género literario. De la pluma de Michener sale el excelente *Iberia* (95), a pesar de que se permite ignorar casi completamente a la provincia de Jaén. Por otra parte Jan Morris escribe el breve *The Presence of Spain* (1964), para luego titularlo simplemente *Spain* (1979) (96). En ésta sí habrá modesta cabida para Úbeda.

Para Michener sólo cuenta la provincia giennense como una octava parte del poema «Andalucía» de Manuel Machado, citado en español y traducido al inglés (97). Sobre su capital se limita a comentar que «se encuentra entre montañas» (98). De Linares se menciona muy brevemente su vinculación con la muerte de Manolete (99). De Úbeda o Baeza, absolutamente nada.

El *Spain* de Jan Morris es en cambio un libro corto, ameno, correcto, pero a mi juicio sobrecargado de historia y falto de «aventura». Considero el comentario que dedicó Brennan a la obrita de Morris, «quizás el libro de carácter general sobre España mejor escrito», algo exagerado. Pero presen-

(94) CHETWODE: *Op. cit.*, págs. 114-115.

(95) MICHENER, James A.: *Iberia*, Random House, 1968, aunque la edición que he manejado es Fawcett Crest, New York, 1991.

(96) MORRIS, Jan: *The Presence of Spain*, Faber & Faber, 1964 y 1979, y MORRIS, Jan: *Spain*, Harmondsworth: Penguin, 1982, edición que empleo. Existe una traducción española titulada *Presencia de España*, Madrid, Turner, 1984, realizada por Eva Rodríguez Halffter.

(97) MICHENER: *Op. cit.*, pág. 337.

(98) *Ibidem*, pág. 43.

(99) *Ibidem*, pág. 789.

ta la particularidad, y por eso nos interesa, de incluir a Úbeda, la cual aparece en conexión con los gitanos, a los que Morris califica de «la más picante de las salsas» (100). Baeza es sin embargo completamente ignorada. En Úbeda unos gitanos abordan al escritor y se ofrecen para organizarle una zambra que nada tenga que envidiar a las del Sacromonte. Le preparan una juerga en un bar del lugar, juerga que da pie a que el dueño les invite a desalojar el lugar debido al escándalo musical que arman, pero del que Morris disfruta enormemente. Morris califica a Úbeda de «delicioso pueblecito de Andalucía». También aparecen citadas Úbeda y Jaén en el mapa de España que incluye en su obra (101).

EL DILUVIO UNIVERSAL: LOS 70 EN ADELANTE

A finales de los años 60 y principios de los 70 se abarata el viaje al extranjero hasta el punto de popularizarse el uso del avión como medio de transporte de viajeros. El viaje en coche «a fuego lento» a través de la Península pasa a convertirse en rareza cuando no excentricidad. Se imponen cada vez más los llamados «package tours», por lo que el recorrido por España se hace menos cultural, más corto de duración y menos «artesano». El turista no nos visita ya tanto por razones sociológico-humanístico-artístico-culturales, sino por lo barato que resulta veranear en una España de clima benigno que descubrió décadas atrás —y que aún explota— el beneficio económico que supone la afluencia masiva de turistas. La literatura de viajes como género, naturalmente, comienza a sufrir una evidente evolución de acercamiento a la «guía turística». Esta, aparte de informar al lector/turista de las excelencias del clima, gastronomía y posibilidades de interesantes compras de *souvenirs* o de productos de la zona, incluye también información sobre la historia y geografía del lugar, combinación que pretende sin duda acoger entre sus páginas, tanto a la masa viajera como también al sector de público minoritario que se interesa por los aspectos culturales del viaje. Esta tendencia se agudiza durante la década de los 80 y primeros años de los 90. En estos libros de pseudo-relatos viajeros, Baeza y Úbeda, en menor medida el resto de la provincia, cobran un protagonismo largamente ansiado. Se le dedican numerosos y merecidos elogios, extensas y detalladas descripciones de sus excelencias, que son muchas, con una mayor precisión

(100) MORRIS: *Op. cit.*, pág. 86.

(101) *Ibidem*, pág. 85 y pág. 8.

informativa y objetiva, fruto, qué duda cabe, de la exactitud, el sentido práctico y escaso tiempo disponible que exige el lector del mundo actual. Empero, el género de la literatura de «guías turísticas para uso del viajero», género que sin duda ha prestado a Úbeda y a Baeza la atención que se merecen, no es objeto prioritario de este estudio.

Naturalmente, encontramos ejemplos «honrosos» como el de Ted Walker (*In Spain*, 1987) o Robin Neillands (*Walking through Spain. From Santander to the Mediterranean*, 1991), viajeros que gustaron de recorrer nuestro país a la antigua usanza para luego describir sus peripecias en lo que constituyen «verdaderos» libros de viajes. En otra línea no exenta de originalidad se encuentra *Spain* (1989), del norteamericano Nord Riley, que trata, en clave de humor, de las aventuras y desventuras de un «expat» (residente extranjero en España) en la Costa del Sol.

Ted Walker, oriundo de Sussex y admirador de Laurie Lee, recorre España durante los primeros años de la democracia mientras rememora un viaje que realizó por nuestro país en los primeros años de la posguerra en compañía de sus padres. Fruto de ambos viajes será *In Spain*. Walker visita Úbeda y Baeza junto a su esposa, que se le unió durante unos días. A estas ciudades llegan en coche tras pasar por Jaén, la cual no parece dejar en ellos una especial impresión. A Úbeda y Baeza las califica de,

«un par de ciudades gemelas (aunque Baeza es sólo la mitad del tamaño de su gemela) separadas —lo cual es raro en España— por sólo unos kilómetros» (101a).

Pero de Baeza no escribe nada más. Tampoco se detiene el escritor a ensalzar las bellezas monumentales de Úbeda. Cuenta en cambio que durante la primera visita que hicieron a la iglesia de Santa María de los Reales Alcázares de Úbeda, la señora de Walker aseguró haber visto a un fantasma que respondía a la siguiente descripción:

«alto, barbudo, con túnica blanca, dijo [ella] sin la menor duda, apenas perceptible a la vista y alejándose de ella, y cuando volvió la cabeza, se había simplemente desvanecido» (101b).

En una segunda visita al templo se encuentran, para su sorpresa, a un misterioso perro que no había dejado de seguirles durante toda su estancia en la Ciudad de los Cerros.

(101a) WALTER, Ted: *In Spain*, London, Corgi, 1989 (aunque publicado originalmente en Secker & Warburg en 1987), págs. 172-173.

(101b) *Ibidem*, pág. 173.

«Allí estaba ya otra vez entre los claustros de Santa María de los Reales Alcázares; y juraría que se estaba riendo. Se rascó las pulgas y se lamió sus partes y se puso a andar con la clara intención de que le siguiéramos. Nos fuimos en dirección opuesta, con la esperanza de regresar al hotel sin el regalo de su compañía; pero se nos puso delante, con aspecto dolorido y acusador (101c)».

Al día siguiente por la mañana, cuando el matrimonio sacaba su equipaje del hotel —que por cierto no era el Parador—, listos para marchar en dirección a Granada, allí estaba el perro esperándoles.

A pesar de no ser un auténtico relato de viaje por España, no podemos dejar de mencionar sin embargo la reciente obra de David Baird, *Inside Andalusia* (102), merecedora sin embargo del premio Vega Inclán de libros de viajes. Es ejemplo de obra a caballo entre el recuento literario de las aventuras de un escritor por tierras andaluzas —de hecho así precisamente subtitula la obra: «a travel adventure in southern Spain»— y una especie de guía de turismo camuflada: de tal combinación se obtiene una obra bastante representativa de lo que podríamos calificar de literatura de viajes «turística». Aunque se refiere a ciudades como Úbeda y Baeza como «ciudades célebres por su historia y arquitectura, de pasado glorioso» (103), no por ello deja de informar a sus lectores (presumiblemente futuros turistas) de algo tan práctico como que se puede llegar a ellas dejando a un lado la autopista N-IV que une Madrid con el sur de España, una vez pasado Despeñaperros. Salvo las minientrevistas que mantiene Baird con el escritor Muñoz Molina, ubetense de pro, y con un presidente de una cooperativa aceitera de la ciudad, toda la información que ofrece de la ciudad «suená» a «guía turística» de Úbeda (104). Tampoco olvida Baird informar sobre la fama que goza la cerámica de los ubetenses Paco Tito y padre (sic) en la calle Valencia —interesante souvenir—, primera ocasión empero en que algún aspecto de interés de la Úbeda extramuros aparece en algún libro de viajes escrito por un viajero de habla inglesa (105). El peso específico que concede Baird a la presencia del Parador de turismo —en el que precisamente parece haberse hospedado— es ahora mucho menor: apenas aparece telegráfi-

(101c) *Ibidem*, pág. 173.

(102) BAIRD, David: *Inside Andalusia*, Fuengirola, Mirador, 1993, edición que utilizo. Fue, sin embargo, publicada por primera vez en cartóné en 1988 por Lookout.

(103) BAIRD: *Op. cit.*, pág. 145.

(104) *Ibidem*, págs. 148-149.

(105) *Ibidem*, pág. 160.

camente mencionado si lo comparamos a la cobertura que da en cambio a otros monumentos ubetenses:

«Salga del Parador Condestable Dávalos, una elegante mansión convertido en un hotel del Estado, y a la izquierda está la iglesia de El Salvador» (106).

Algo parecido hace Baird con Baeza. Entrevista a José Molina Torral e hijos, prestigiosos disecadores de aves del lugar, para luego repetir información muy parecida a la que en una buena guía turística de Baeza podríamos encontrar (107). Y sin embargo, Baird ignora la cercanía y tradicional vinculación de esta ciudad con Estación Linares-Baeza, lo cual resulta a todas luces novedoso.

Otro reciente intento de conjugar libro de viaje con guía turística lo constituye *Granada and Eastern Andalusia* (1990) de David Hewson (108), periodista británico especializado en literatura de viajes. En el prefacio a la obra Hewson reconoce haberla «planteado como guía práctica» (109): se trata de ofrecer al viajero «una guía *selectiva* (...) para un período de dos semanas en este encantador rincón de España, con recomendaciones de hoteles y restaurantes para un variado margen de presupuestos» (110). Con esto creo haber dado una clara idea de la naturaleza de la obra. En ella Hewson propone un viaje que empezaría en Málaga y seguiría por las ciudades de Granada y Córdoba. A continuación se viajaría en dirección de Úbeda, Baeza, «en el mismo borde de Andalucía» (111) y Cazorla, de nuevo vuelta al sur en dirección de Guadix, la Alpujarra y la costa granadina (concretamente Almuñécar), para finalmente volver a Málaga. Todo calculado para exactamente doce días.

Tras una corta estancia en Jaén capital, de la que por cierto Hewson sólo recomienda una visita a su catedral y el alojamiento en su castillo, Parador de Santa Catalina, lugar del que dice estar bendecido por un silencio ambiental absoluto, se dirige a «dos localidades poco conocidas, Baeza y Úbeda, que contienen una gran riqueza de arquitectura renacentista (...) en la misma periferia de Andalucía» (112). Es el día número ocho de la excursión.

(106) *Ibidem*, pág. 148.

(107) *Ibidem*, págs. 149-150.

(108) HEWSON, David: *Granada and Eastern Andalusia*, London, Methuen Press, 1990.

(109) *Ibidem*, pág. 7.

(110) *Ibidem*, pág. 7.

(111) *Ibidem*, pág. 8.

(112) *Ibidem*, pág. 101.

sión por Andalucía oriental. Tras pasar por Puente Obispo (sic) y llegar a Baeza, Hewson recomienda dirigirse a la Oficina de Información de Turismo en la Plaza del Pópulo, «una pequeña plaza renacentista con una fuente de leones bastante desgastados» (113), Pero Hewson califica a Baeza como,

«un prelude a lo que ha de verse en pleno esplendor a menos de seis millas en Úbeda: una auténtica ciudad renacentista prácticamente inalterada por los estragos del desarrollo moderno». (114)

En Baeza sugiere dos rutas: partir andando desde la Plaza del Pópulo —en cuyas inmediaciones el viajero puede dejar aparcado el coche—, o recorrer, en coche, el Paseo de Los Murallas (sic) para dejarlo «cerca de la gran cruz gris al lado de la cual existe un acceso al barrio antiguo por la Calle de la Merced» (115). En el Barrio Monumental, frente a la Catedral —de la que el autor no queda especialmente impresionado debido a su aspecto grisáceo y voluminoso—, se encuentra el Palacio de Jabalquinto «que algún día los obreros terminarán de acondicionar para el público» (116). Destaca asimismo la Casa de Cabrera, en la calle San Pablo, como una de las mansiones más sobresalientes de la ciudad. Hewson asegura que existen muchas otras cuyo listado podrá el viajero obtener en la Oficina de Turismo en la dirección que indica, sin olvidar el número de teléfono. Naturalmente recomienda comer en «Juanito», donde, para información del viajero, aceptan tarjetas de crédito tales como Diner's Club, Eurocard y Visa.

Sin embargo Hewson prefiere Úbeda. Declara que Úbeda «convierte la promesa de Baeza en realidad» (117). Queda literalmente prendado de la ciudad, llegando a escribir algo como que,

«Es como si anduviésemos por un magnífico decorado operístico para descubrir que los cantantes habían desaparecido dejando a simples mortales que poblasen sus magníficas calles». (118)

Y recomienda, cómo no, la estancia en el Parador del Condestable Dávalos, no sólo por razones gastronómicas, sino también en su calidad de,

«monumento histórico por sí sólo y, para deleite de todo el que lo visita, uno de los mejores paradores de toda España». (119)

(113) *Ibidem*, pág. 103.

(114) *Ibidem*, pág. 103.

(115) *Ibidem*, pág. 104.

(116) *Ibidem*, pág. 104.

(117) *Ibidem*, pág. 105.

(118) *Ibidem*, pág. 105.

(119) *Ibidem*, pág. 105.

En su callejeo por Úbeda, para el cual, al igual que ocurría para Baeza, no necesita mapa, sugiere visitar la Capilla del Salvador, obra del «gran Diego Siloé», de cuyo interior dice resultar sólo atractivo a especialistas. Incluye una ilustración a plumilla de la fachada de la Capilla del Salvador.

Recomienda la visita a la Iglesia de San Pablo, el Ayuntamiento, el Hospital de Santiago, la Casa de los Salvajes y la Casa de las Torres, entre otros muchos monumentos que harían la lista interminable. Por cierto, no olvida recomendar la visita a la Oficina de Turismo, de la que, al igual que con Baeza, da su dirección y número de teléfono. En la calle Valencia podrá verse la cerámica típica del lugar, así como la artesanía del esparto. Por vez primera se hace alusión al tapeo, algo que llama poderosamente la atención al viajero extranjero: «[incluido] en el precio de una cerveza».

Así concluye Hewson su recuento turístico de Úbeda:

«Úbeda ya no es tan desconocida como lo era sólo cinco años atrás, y puede incluso verse algún que otro grupo llegado en autocar tomando el té en el parador. Sin embargo estas piedras claman compañía en lo que fue en una ocasión, como es visible, una espléndida y gran ciudad renacentista, por lo que no puedo dejar de vaticinarle nuevos admiradores» (120).

CONCLUSIÓN

Podemos observar en la reciente literatura de viajes que toca nuestras ciudades, por una parte, una tendencia a independizar Baeza de su cercanía y tradicional confusión con Estación Linares-Baeza. Al distinguirlas el viajero hace justicia con Baeza, ciudad que visita «de facto» y de cuya estancia está ya en condiciones de ofrecer un recuento literario. La visita a Baeza no queda ya condicionada a la cercanía de Estación Linares-Baeza, importante nudo ferroviario que une Castilla con el sur de España, como venía ocurriendo en la literatura de viajes anterior a la década de los 60. Pero no debe resultarnos extraño que los viajeros anteriores hubieran confundido la Estación de Baeza con la localidad de Baeza. Al fin y al cabo lo mismo le había ocurrido al poeta Antonio Machado en 1912, el cual, recién enviudado de Leonor, decidió abandonar Soria y marchar destinado a un lugar bien conectado con Madrid. Machado creyó que la Baeza a la que iba destinado como Catedrático Numerario de Francés tenía estación fe-

(120) *Ibidem*, pág. 106.

roviaria. Es fácil imaginar su decepción al descubrir, una vez bajado del tren, que la Baeza «verdadera» estaba a 19 kms. y que para llegar a ella había que coger el tranvía de La Yedra, que por cierto tardaba tres horas en llegar a su destino (121). Si esta lamentable confusión entre Baeza y la Estación de Linares-Baeza (antes Estación de Baeza) se daba en oriundos de nuestro país, es natural que les ocurriera igualmente a la mayoría de extranjeros que viajaban por España con anterioridad a los años 60.

Por otra parte, en lo que respecta al tratamiento de Úbeda en los libros de viajes escritos por angloparlantes durante la primera mitad del siglo XX, se hace visible el casi absoluto protagonismo de su Parador de turismo. Con el paso del tiempo se observa una clara tendencia a que el Parador vaya difuminado su importancia entre otros monumentos de Úbeda y reduciendo gradualmente su omnipresencia en los recuentos de viajes. Su Parador sigue siendo el lugar de alojamiento de los viajeros extranjeros que se lo pueden permitir, o sea, casi todos, pero Úbeda está siendo cada vez más visitada por sus muchos valores históricos y artísticos y menos por el hecho de poseer un Parador de turismo.

(121) MOREIRO, José María: «Baeza de don Antonio», en CHICHARRO CHAMORRO, Antonio (ed., introd. y bibliogr.): *Antonio Machado y Baeza a través de la Crítica*, Baeza, Universidad de Verano de Baeza (Universidad de Granada), 1983, págs. 73-75, y CAMPOAMOR GONZÁLEZ, Antonio: *Antonio Machado (1875-1939)*, Madrid, Sedmay, 1976, págs. 87-88.